

Discurso del Papa Benedicto XVI en la Sala del Recuerdo de Yad Vashem

11.05.2009

“Yo les daré en mi Casa y dentro de mis muros un monumento y un nombre ... les daré un nombre perpetuo, que no se borrará”. (Isaías 56:5)

Este versículo del libro del profeta Isaías provee las dos sencillas palabras que expresan solemnemente el profundo significado de este lugar venerado: *yad* – “monumento”; *shem* – “nombre”. He venido a estar aquí de pie en silencio frente a este monumento, erigido para honrar la memoria de los millones de judíos que murieron en la horrorosa tragedia de la Shoá. Ellos perdieron sus vidas, pero nunca perderán sus nombres: éstos estarán grabados indeleblemente en los corazones de sus seres queridos, de los prisioneros que sobrevivieron, y de todos aquellos determinados a no permitir jamás de que tal atrocidad deshonre nuevamente a la humanidad. Sobre todo, sus nombres están fijados para siempre en la memoria de Dios Todopoderoso.

Uno puede privar al prójimo de posesiones, oportunidades o libertad. Uno puede tejer una red insidiosa de mentiras para convencer a otros de que ciertos grupos no son merecedores de respeto. Y aún así, a pesar de cuanto tratemos, es imposible quitar al prójimo de su nombre.

La Sagradas Escrituras nos enseñan sobre la importancia de los nombres al otorgar a alguien una misión única o una cualidad especial. Dios llamó a Abram “Abraham” porque se iba a convertir en “padre de muchas naciones” (Génesis 17:5). Jacob fue llamado “Israel” porque “luchó con Dios y con los hombres y venció” (Génesis 32:29). Los nombres venerados en este monumento santificado guardarán para siempre un lugar sagrado entre los innumerables descendientes de Abraham. Cómo él, su fe fue puesta a prueba. Cómo Jacob, se vieron sumergidos en una lucha para discernir los designios del Todopoderoso. ¡Sean eternos los nombres de esas víctimas! ¡Qué su sufrimiento no sea nunca negado, empequeñecido u olvidado! ¡Y que los hombres de buena voluntad continúen vigilando para arrancar de los corazones todo aquello que pueda conducir a tragedias como ésta!

La Iglesia Católica, comprometida con las enseñanzas de Jesús y tratando de imitar su amor por todas las personas, siente una profunda compasión por las víctimas rememoradas aquí. De la misma manera, se siente cercana a todos aquellos sometidos a persecución por causa de su raza, color, condición de vida o religión – suyo es su sufrimiento, y suya

es su esperanza de justicia. Como Obispo de Roma y Sucesor del Apóstol Pedro, reafirmo – como mis predecesores – que la Iglesia está comprometida a orar y trabajar sin descanso para asegurar de que el odio no vuelva a reinar nuevamente en los corazones de los hombres. El Dios de Abraham, Isaac y Jacob es un Dios de paz. (cf. Salmos 85:9)

Las Escrituras nos enseñan que nuestra tarea es recordar al mundo que este Dios vive, aún cuando en ocasiones nos resulta difícil comprender sus misteriosos e inescrutables designios. Él se ha revelado y continúa actuando en la historia humana. Él sólo gobierna el mundo con rectitud y juzga a todos los pueblos con ecuanimidad.

Observando los rostros reflejados en el silencioso estanque situado dentro de este monumento, es imposible no recordar que cada uno de ellos posee un nombre. Puedo sólo imaginarme la alegre ilusión de sus padres al esperar con ansiedad el nacimiento de sus hijos. ¿Qué nombre le daremos a este niño? ¿Qué será de él o de ella? ¡Quién podría imaginar de que serían condenados a una suerte tan deplorable!

Estando de pie aquí en silencio, su grito todavía se hace eco en nuestros corazones. Es un grito contra todo acto de injusticia y violencia. es un reproche perpetuo contra el derramamiento de sangre inocente. Es el grito de Abel elevándose desde la tierra hacia el Todopoderoso. Poniendo nuestra fe inquebrantable en Dios, damos voz a ese grito utilizando palabras del Libro de las Lamentaciones, que poseen tanto significado tanto para judíos como para cristianos:

La misericordia del Señor no se extingue ni se agota su compasión;
ellas se renuevan cada mañana, ¡qué grande es tu fidelidad!
El Señor es mi parte, dice mi alma, por eso espero en él.
El Señor es bondadoso con los que esperan en él, con aquellos que lo buscan.
Es bueno esperar en silencio la salvación que viene del Señor.(Lamentaciones 3: 22-26)

Mis queridos amigos, estoy profundamente agradecido a Dios y a vosotros por la oportunidad de estar aquí de pie en silencio: un silencio para recordar, un silencio para orar, un silencio para esperar.